

banquero, y Mariquita Cafete, una comedia de D. José Picón: *Palco, modista y coche*, que alcanzó un ruidoso fracaso, por más que en anuncios previos se nos estuvo repitiendo más de quince días: "ha llegado á este hemisferio y se va á poner en estudio, la famosa comedia que ha llenado de admiración á los habitantes de Madrid, donde se ha estrenado, intitulada *Palco, modista y coche*." Este fracaso aconteció el 7 de Febrero, y no sabemos cómo escapó de sus consecuencias nuestra humilde persona, que, por broma y por calaverada, se atrevió á trabajar como aficionado en una piececilla que con el título de *¿Silva ó aplausos?* dió fin á dicha función. Creo que pocas veces como en aquella, haya demostrado de modo más patente su bondad y su afecto hacia nuestro individuo la galante sociedad de la Capital.

Con el fin de sacar al espectáculo dramático de la postración en que yacía, por causa casi única de la debilidad de las Compañías del Principal y de Iturbide, la Empresa del segundo, en la cual figuraba, aunque no en público, un distinguido literato, militar y político, agenció la venida de un excelente cuadro de actores españoles, así formado: *Directores*: Eduardo González y Manuel Osorio; *Actrices*: primera, Elvira Agüero: *cómica*, María Mayora; *damas jóvenes*: Pilar Mazo, Dolores Nava; *característica*: Antonia Suárez; *primer actor de carácter*: Miguel Rodríguez Gabutti; *característico*: Cornelio Serrano; *primer actor cómico*: Enrique Sánchez Osorio; *primer galán joven*: Eduardo Irigoyen; *actores*: Eugenio Gutiérrez, Luis San Juan, Francisco Domínguez Mendoza, Manuel Freire y José Serrallonga.

La Sra. Elvira Agüero no llegó al mismo tiempo que el resto de la Compañía por haberle sido preciso quedarse en la Habana, hasta tanto que se hubiese repuesto de un ataque de *cólera morbus*, que puso su vida en grave peligro. Esa Compañía hizo su estreno en el citado Iturbide la noche del sábado 8 de Febrero con la comedia de D. Mariano Luis de Larra: *Bienaventurados los que lloran* y el sainete en un acto: *No siempre lo bueno es bueno*.

El teatro había sufrido una completa reposición y quedado casi coqueto: "nada de aquel papel color de tabaco que lo decoraba dándole una apariencia de cofre antiguo — dice el revistero de *El Siglo*: — nada de aquellas candilejas de figón que asfixiaban con su humo infecto á los espectadores; nada de aquel piso sucio y húmedo del vestíbulo y de los corredores; nada de aquellas escaleras de gallinero, ni de aquellas sillas cojas y llenas de insectos; nada, en fin, de aquellos arameles, columnas granujentas y pálidas, ni de aquel aspecto de epidemia que presentaba Iturbide pocos meses antes. Desde la entrada que seguía al vestíbulo, todo respiraba una atmósfera de elegancia y buen tono: los corredores, las escaleras, los pasillos, el patio, todo estaba tapizado con mullidas alfombras; las paredes del fondo de

los palcos se cubrieron con papel blanco brillante; los pasamanos en todos los pisos, forraronse de paño carmesí; en el anfiteatro se pusieron elegantes sillones forrados de damasco; el alumbrado mejoró en extremo; una triple hilera de bombas de cristal apagado moderaba las flamas del gas; en el anfiteatro lucían las suyas dos grandes y elegantes candelabros, y en los extremos de los palcos primeros colgaban dos buenos candiles con bombas apagadas."

La dirección de la orquesta, que fué la de la Opera, corría á cargo de Morán: el servicio de escena y decoraciones también se mejoró mucho, y se doraron y platearon de nuevo todas las molduras y columnas.

Ante numerosa y escogida concurrencia se alzó el telón, y Eduardo González, actor muy simpático y muy querido en México, se presentó á saludar á su público, recitando una bella poesía llena de sentimiento y de ideas gratas para el país: los concurrentes le aplaudieron con entusiasmo. Después presentó á Manuel Osorio que fué muy bien acogido, y más cuando, como González, recitó otra bellísima poesía.

Siguió después la representación de la comedia de Larra, notable por lo bien manejado de su argumento de social interés, y por su irreprochable versificación. La manera de declamar de los nuevos actores sorprendió y admiró grandemente: sencilla, natural, sin gritos ni contorsiones, ni fatigosa aspiración, constituía una positiva novedad, que deleitó por lo mismo que el público no estaba acostumbrado á que se le hiciese de la escena un espejo de lo que pasa en la vida real. El *Doctor Alvarado* estuvo hecho con naturalidad y soltura por González; *Fernando* fué admirablemente caracterizado por Osorio: el egoísta *Marqués*, frío, indiferente, lo interpretó con perfección Sánchez Osorio, y el anciano *Don Pedro* lo entendió muy bien Gutiérrez, que demostró ser un buen *barba*. María Mayora agradó por sus finos modales y por la propiedad con que se presentó: la característica Antonia Suárez conquistó desde luego á su público. En la pieza *No siempre lo bueno es bueno*, el actor cómico Sánchez Osorio, fué furiosamente aplaudido: la caricatura escénica no pudo ser más perfecta, y los concurrentes al estreno convinieron en que en su género Sánchez Osorio no tardaría en hacerse el favorito del público.

El gran triunfo de esa Compañía, que en sus primeras representaciones y hasta la llegada de la Belaval, puede decirse que no tuvo primera dama, lo debió á la soberbia obra maestra de D. Manuel Tamayo y Baus *Un drama nuevo*, estrenado en Madrid el 4 de Mayo de 1867, y por primera vez representado en el Teatro de Iturbide el jueves 27 de Febrero de 1868 y el domingo siguiente.

Hé aquí como habló de ello el insigne literato D. Ignacio Manuel Altamirano, que por ese tiempo escribía en *El Siglo* admirables revistas de teatros: "En cuanto á la ejecución de *Un drama nuevo*, los

más exigentes quedaron satisfechos en la noche del jueves y en la tarde del domingo siguiente. El Sr. Osorio en el papel de *Yorik* puso en juego todas sus excelentes facultades, y si alguna duda hubiese cabido sobre la fuerza artística de este actor, el *Drama nuevo* habría venido á disiparla, y á sentar su reputación sobre bases indestructibles.

“La *Alicia* es un papel demasiado fuerte para la Sra. Mazo; pero hizo esfuerzos supremos para caracterizarlo, y su estudioso empeño pudo vencer las dificultades de su timidez natural y su debilidad de facultades. Ese es un papel terrible, y nosotros francamente no conocemos en México una actriz bastante grande para poder representarlo. Quizás algunas damas podrán representarlo más ó menos bien; pero como lo requiere el drama nos parece difícil. Tenemos que esperar á que el tiempo haga brotar alguna, ó que venga de otra parte.

“El Sr. Sánchez Osorio estuvo bien en el papel de *Shakespeare*, y nos ha dado con ello una prueba de que tanto es capaz para el género cómico como para el dramático.

“Eduardo González comprendió bien el *Edmundo*, expresó con vehemencia y con propiedad la pasión delincuente, y el grito desgarrador que lanzó al caer herido en el último acto, fué un grito de muerte que heló de espanto á los espectadores.

“En cuanto al Sr. Rodríguez Gabutti, no podemos sino alabarlo y alabarlo mucho. En concepto no sólo de nosotros, sino de autorizados espectadores, ese *Walton* es quizás el mejor papel que haya representado Rodríguez, y no vemos cómo pudiera hacerse mejor.

“El envidioso, el vengativo, el hombre lleno de odio y que lleva un corazón llagado por espantosas heridas y que es malvado por eso; el infame que martiriza á una mujer; todos esos tipos difíciles y de gran estudio, estuvieron reunidos en ese actor esa noche, y sólo por lo odioso quizás de tal carácter, como sucede regularmente, no tuvo Rodríguez una ovación que le pertenecía de derecho. La escena en que desesperado por *Yorik* rivaliza con él en frenesí y se lanza furioso sobre él hasta que le aparta *Shakespeare*, fué ejecutada maestramente, y la mirada rencorosa que dirige al viejo actor al salir de la escena, y su gesto, son el gesto y la mirada de un gran actor. Lo repetimos, ese papel está escrito para que él lo represente.

“Nos atrevemos á indicar que habría gusto en ver repetir el *Drama nuevo*, y el público comprendiéndolo mejor que la noche primera, podría saborear sus bellezas sin tropezar ya con sorpresas y perplejidades: en la primera noche ceceó al *apuntador*, que debe sacar la cabeza de la concha y golpear el tablado con la comedia para llamar la atención de *Yorik*. Ni fué bastante á hacer comprender al público que así lo requería el asunto, la circunstancia de ver brillar á la luz de los quinqués los bordados cuajados de lentejuelas de que estaba

cargado el vestido que esa noche llevaba, y que todo el mundo pudo ver, como nosotros, sin auxilio del antejo. Era natural suponer que cuando el apuntador deja su vestido ordinario y se pone uno bordado y asoma la cabeza y grita, cuando en las demás noches no se le oye para nada, siendo ésta una de las particularidades del Teatro de Iturbide, alguna razón habría para esto y era claro que el asunto lo requería. La perspicacia de nuestro auditorio del patio esta vez fué chasqueada, y sólo nos consuela saber que en la Habana ha pasado lo mismo.

“El domingo en la tarde, el público muy inteligente que asistió, hizo entera justicia al trabajo de los actores; avisado ya, no padeció las sorpresas que el de la noche del jueves, ni ceceó al *apuntador*, ni se esperó media hora, como el del jueves, para ver otro final, ni creyó que González había muerto en efecto, ni comprendió á medias, saliendo á preguntar á la calle *¿qué sucedió por fin?*, porque el público de la tarde, como ve enteras las piezas, como no pierde la mitad de cada acto en el salón de Fulcheri, como no platica sobre muchachas y modas, y no pierde una sola frase, entiende bien y gusta. La ventaja de este público de la tarde consiste en que tiene atención.

“Como quiera que sea, en esta temporada teatral no habíamos visto en escena un drama como el del Sr. Tamayo y Baus, tan grandioso en su forma, tan original, tan lleno de bellezas y de dificultades, y en que se reúnan á la más palpitante verdad el más grande interés dramático, la naturalidad sorprendente de las situaciones y el colorido poético y brillante de los tipos.

“El Sr. Tamayo, además, maneja su lengua con la fluidez y corrección de Fray Luis de Granada y de Solís, y penetra su mirada profunda hasta los más recónditos abismos del corazón humano. Esta es una pieza de carácter, y no vacilamos en decir que le encontramos ora el sabor de las antiguas tragedias con sus solemnes y sublimes terrores, ora cierta semejanza con los dramas del poeta á quien parece estudiar con predilección, pues sus personajes y sus pasiones no son los personajes y las pasiones del drama vulgar, sino que tienen similitud con aquellas figuras eternas que sólo el poeta inglés ha sabido crear, y con las grandes pasiones que puso en juego, y que conmueven al público de todo el mundo en cualquier tiempo, porque pudiéramos decir que sus dramas son los dramas de la humanidad.

“Por lo demás, esta fábula dramática es original de Tamayo, pues no hemos visto en las biografías de *Shakespeare* ningún rasgo histórico de que pueda haber sacado el autor su magnífico argumento. Todo es, pues, de su invención, por más que la circunstancia de mezclarse en él un personaje tan interesante como Shakespeare, le dé cierto colorido histórico. . . .”

Por no permitirlo los límites de nuestro modesto libro, no copio

íntegro el estudio espléndido que de ese drama hizo el insigne literato que por todos es llamado cariñosamente el Maestro, porque todos hemos aprendido de él casi cuanto sabemos. Pero por si alguien hubiese extrañado el origen humildísimo del teatro español, copiaré de esa crónica del Maestro lo que sigue, para que lo compare con el del inglés:

“En la época de Shakespeare ya había algunos teatros en Londres, y en el pueblo inglés era ya viva la pasión por los espectáculos. Pero el atraso era grande: las maquinarias eran groseras y bárbaras, las decoraciones peores que las de los tablados de nuestras aldeas, y á veces un rótulo hacía las veces de perspectiva. Con dos espadas y un escudo se representaban ejércitos; con el redoble de un tambor una batalla; con un ramillete un jardín. La imaginación del público era más bien el maquinista.

“El teatro del *Globo*, del que fué empresario Shakespeare allá por 1603, era un especie de torre, construída sobre un terreno fangoso en los bordes del Támesis, rodeada de un foso lleno de lodo, y en la que podían entrar pobres y ricos, pagando seis peniques, dos ó uno. Los gentiles hombres podían estar al abrigo de la lluvia en la escena, y aun tener un escabel si pagaban un shelling. El populacho veía las representaciones en pie y mojándose cuando llovía. Bebíase cerveza dentro del teatro, se comía fruta, se jugaba, se fumaba, había riñas, y el público tenía en medio del patio, para los usos respectivos, un gran inodoro, cuya pestilencia era motivo de frecuentes insurrecciones. Para tal auditorio había dignos actores, chocarreros, libres, silbados ó apedreados, pero á veces insolentes y que concluían á puñetazos en ocasiones, sus farsas y sus mímicas.

“A Shakespeare se debió que los teatros hubieran comenzado á reformarse, á hacer uso de mejores máquinas y á representar piezas de mayor interés, aunque antes de él la literatura dramática inglesa fuese ya bastante rica. Los actores entonces, vivían en la abyección y no se diferenciaban de los histriones, no teniendo los magistrados inconveniente en mandar cortarles las orejas muchas veces. Ya en España, el teatro estaba más adelantado y comenzaba el siglo de oro de la literatura. Vivía Cervantes y nacía Moreto.”

Esas noticias las tomó el Maestro de la magnífica historia de la literatura inglesa, escrita por Tain.

CAPITULO III

1867—1868

Hablar de teatros y no hacer referencia á la literatura en general, es punto menos que imposible, siquiera se trate de un libro tan sin pretensiones como éste, que debe su publicidad, aun sin ser digno de ella, al deseo de complacer á quienes no han querido ver dispersarse los datos por mí recogidos en muchos años de ímproba é incesante labor.

Pero las tales referencias son por demás difíciles de hacerse, por quien como yo carece de méritos y cualidades que le autoricen á juzgar de los de aquellos que sin duda los tienen superiores, y por quien conociendo el *genus irritabile vatum*, no quiere, cuando ya se siente viejo, batallar en torneos de amor propio, más expuestos y reñidos que los librados por los antiguos paladines de su Dios, de su rey y de su dama.

De este exordio, que no deseo prolongar para que no se estime fingida modestia lo que es paladina confesión de carencia de méritos, se deduce que procuro previamente disculparme de cuantas omisiones haya de notar el lector, aun el más benévolo, en lo que va á seguirse.

Quizás coordinando ciertos pormenores y noticias aquí y acullá esparcidos en precedentes capítulos, pudiera intentar algo de lo que estoy cierto no voy á hacer; mas válgame mi repetida disculpa de que en la naturaleza humilde de mi libro no caben fácilmente ciertos detalles, y pasemos á tratar de las *Veladas Literarias*, inolvidables, por lo menos para quienes fuimos testigos de sus esplendores.

Verdaderamente, su carácter y organización fueron de tal naturaleza que nada que pueda serles semejante se encuentra en las memorias literarias de México.

No hecha, ni siquiera iniciada la Independencia, preséntase como primera agrupación de hombres de letras entre nosotros, la *Arcadia Mexicana*, de la que ya he dicho algo, con su órgano en la prensa el *Diario de México*: hay, sin embargo, quien cite la existencia de otras que parecen haber llevado los títulos de *La Encarnación*, *San José* y *San Felipe Neri*. La *Arcadia* se honró inscribiendo en sus catálogos los nombres de Fray Manuel de Navarrete (*Anfriso*), D. Anastasio